**Desde “adentro” para “afuera”. Gramáticas espacio-temporales y ritmos urbanos de los residentes de un complejo cerrado de viviendas en altura en Córdoba, Argentina**.

**Introducción**

La ponencia presenta las primeras reflexiones de cuño etnográfico surgidas de mi proyecto de Trabajo Final de Licenciatura en Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba, titulado: “Experiencias espaciales y temporales de los residentes de un complejo cerrado de viviendas en altura con amenities en la ciudad de Córdoba, Argentina”. El mismo se vincula al proyecto “Políticas del tiempo. Hacia nuevos abordajes conceptuales y metodológicos sobre los usos de temporalidades y memorias en espacios urbanos de Córdoba” (SECyT – UNC).

En esta ciudad, luego de la crisis del 2001 se produjo una reactivación económica en donde distintos grupos “desarrollistas” (Capdevielle, 2014) jugaron un papel central en la modificación del espacio urbano. En los últimos años se registra una tendencia por parte de este sector, en la construcción de emprendimientos inmobiliarios denominados como “countries en altura”. Estos se caracterizan por ser torres de departamentos cercados con muros, custodiados por guardias de seguridad y con amenities. Esta palabra proviene del inglés y significa servicios, instalaciones y comodidades, y la observamos en varias publicidades de empresas constructoras que ofrecen este tipo de conjuntos residenciales.

En Septiembre de 2015 entré por primera vez en uno de ellos porque tenía que realizar unas encuestas para un proyecto de investigación[[1]](#footnote-1). “…Yo de acá no salgo, tengo médico, ropa para los chicos.” Fueron las palabras de una mujer que encuesté, de aproximadamente 40 años que residía y trabajaba en un kiosco allí dentro. Otra mujer que vivía en el conjunto con sus dos hijos de 5 y 8 años me dijo que “…Le faltan varias cosas, pero es cómodo, tengo de todo. Lo han hecho pensando en esto, para que uno se mueva acá adentro, para que no se tenga que complicar. Estos lugares están pensados para que quede todo cerca, cómodo”. Mientras realizaba las entrevistas y observaba a mi alrededor me llamó la atención la cantidad de negocios que había allí: lomitería, kiosco, carnicería, despensa, local de ropa, médico, veterinario, academia de idiomas, local de viajes; y servicios que ofrecía: pileta, gimnasio, canchas de tenis, bar y un salón de usos múltiples. Esta primera visita despertó mi curiosidad por cómo los residentes experimentan vivir allí y cómo experimentan la ciudad viviendo en el complejo.

Según Capdevielle (2014) estos nuevos productos habitacionales denotarían nuevas formas de habitar de los sectores medios urbanos. Retomando a Harvey (2007), la autora plantea que estas nuevas formas de producción del hábitat urbano provocó un conjunto de “externalidades negativas” para la estructura urbana, tales como el creciente uso del suelo para la inversión, el aumento del costo del suelo, un encarecimiento del costo de vida, congestión vehicular, saturación del tendido de infraestructura, escasez de ofertas de espacios verdes y públicos en relación a la demanda; y conforme a Svampa (2008) el fin del modelo de socialización y un estilo de vida también relativamente heterogéneo.

En la presente ponencia se procura analizar cómo los residentes de un complejo cerrado de viviendas en altura denominado Soles del Oeste[[2]](#footnote-2), construyen el “adentro” para “afuera”. Como plantea Da Matta (1997), en cada sociedad existe una gramática de espacios y temporalidades, la cual depende de actividades que se ordenan permitiendo recuerdos y memorias. En este sentido, para comprender la vida social en la ciudad es necesario tener en cuenta la articulación de las temporalidades y espacialidades. Los ritmos urbanos son relevantes ya que según Lefebvre (2004), los tiempos tienen ritmos y estos implican la relación de un tiempo a un espacio.

La ponencia se estructura, en primer lugar, en reflexiones a partir de mis prenociones del complejo surgidas en la experiencia del ingreso y las observaciones. Luego el análisis etnográfico de las entrevistas realizadas a residentes del complejo, haciendo foco en los espacios de ingreso, los sentidos asociados al “adentro” y el “afuera”, y los ritmos urbanos percibidos.

**Sobre el complejo y la experiencia de ingresar**

Soles del Oeste se encuentra ubicado al Noroeste de la Ciudad de Córdoba, está rodeado de muros con rejas, cuenta con seguridad privada las 24 horas y para entrar al mismo se debe poseer un llavero electrónico. Si uno es visitante ingresa el código del departamento de quien va a visitar en el portero, así quien vive en ese departamento abre la puerta de reja electrónicamente.

El año pasado ingresé dos veces, la primera vez coordiné previamente con Juana, quien es conocida de una amiga de la facultad, para que me abra la puerta del complejo para realizar una observación. Ella me dijo mediante mensaje de Whatsapp:

Es así, hay tres ingresos, tenés que ir al ingreso 3 y buscar la torre y ahí tocar el timbre. Ahí va a sonar el timbre y abrís. Si no estoy yo, ya le dejé dicho a mi mamá. Ah y si justo está entrando alguien, pasa, los guardias ni saben quién vive y quién no acá.

 Esto llamo mi atención ya que por definición las “urbanizaciones privadas y cerradas” (Queiroz, 2014) como Soles del Oeste, se caracterizarían por un acceso restringido, selectivo y controlado, siendo las personas que pagan por él, las autorizadas y las que autorizan ingresar a otros como visitas, por ejemplo. Si bien los ingresos implican este tipo de acceso custodiado por medio de los guardias y las barandas que frenan el paso de los autos, las palabras de Juana me llevaron a pensar en que estos “límites físicos” son más bien porosos, siendo los “límites sociales” los que entran en juego. En este sentido, retomando a Simmel (1927) poder entender a los límites no como un hecho espacial con efectos sociológicos, sino como un hecho sociológico con una forma espacial, me permite preguntarme sobre mi experiencia al ingresar a ese espacio ¿Por qué yo pasaría inadvertida atravesando esos ingresos ya que no vivo allí? ¿Cómo entra en juego mi aspecto de “clase media” y mi condición de género? ¿Quiénes serían interpelados o considerados como extraños, o quizás peligrosos para ese lugar? Cuestiones sobre las que reflexionare al final del apartado.

En el ingreso 3, como en el 1 y el 2, hay una puerta de reja para los peatones y al lado, un acceso con barandas para los autos. Allí se encuentran las casillas vidriadas de los guardias. Le avisé a Juana que había llegado y me abrió la puerta de reja una joven de 20 años aproximadamente, de cabello rubio, abrigada al igual que yo por el frío que hacía esa tarde, nos saludamos y entramos al complejo. Me explicó amablemente los diferentes espacios mientras me señalaba con la mano: “acá hay toda una línea de negocios, si vas más allá hay como una especie de plaza y bueno siguiendo por allá vas a ver la pileta”.

En el complejo hay 9 torres de 18 pisos con departamentos de 1 y 2 dormitorios, que están unidas por veredas de adoquines grises que atraviesan los jardines con césped y arbustos de aspecto prolijo y cuidado. Hay locales comerciales que se encuentran al frente de los ingresos 1, 2 y 3 en la parte Noreste del complejo. Además, en esta área, están las cocheras de cortesía y hay entradas a las cocheras subterráneas. Cruzando el puente hacia el Sur, está la pileta descubierta y la cubierta, el gimnasio, las canchas de tenis, el bar, un salón de usos múltiples.

La segunda vez que fui a Soles del Oeste, fue para entrevistar a Lucrecia, la cuñada de una amiga de la facultad, que reside allí hace un año y medio. Cuando llegué, ingresé el código de su departamento en la puerta de afuera y me abrió la reja por medio de un portero electrónico, luego me dirigí hacia su torre, toqué el timbre y justo cuando estaba en la puerta, un hombre de aproximadamente 30 años con un niño de alrededor de 8 años, me dijo con una sonrisa: ¿pasas? Yo le respondí que ya había tocado el timbre, pero bueno, aprovechaba que me había abierto. Luego subí hasta el piso 9 por el ascensor y me dirigí a la puerta del departamento de Lucrecia para realizarle la entrevista.

El hecho de que Juana me haya dicho que ingrese al complejo si alguien está entrando, que nadie me haya preguntado que hacía cuando estaba observando y escribiendo en un cuaderno, que Lucrecia me haya abierto la puerta de su casa y el hombre me haya dejado pasar por la puerta de la torre, fueron situaciones que tensionaron mis prenociones del lugar y me llevaron a reflexionar acerca de los “límites sociales” que entran en juego. Pensé que por ser un complejo cerrado las personas no me abrirían la puerta de su torre ni de su casa tan fácilmente y los guardias me pedirían alguna identificación o me preguntarían qué estaba haciendo ya que me encontraba observando y escribiendo en un cuaderno. Estas situaciones me hicieron pensar en mi condición de mujer joven, de pequeña contextura, que puede ser considerada como “inofensiva” o “no peligrosa” para las personas que eligieron vivir en un complejo cerrado con seguridad. Mi aspecto pudo haber sido interpretado como alguien de “clase media” ya que estaba vestida con “ropa arreglada” las dos veces que fui: una campera negra, un pañuelo al cuello, jean y botas. Tanto Juana como Lucrecia me pudieron haber visto como “una par” porque además de tener la misma edad y ser mujeres, tengo un conocido en común con las dos, lo que les pudo haber dado cierta confianza para abrirme la puerta de su casa.

**Desde “adentro”**

Este año realicé entrevistas a varias residentes de Soles del Oeste. Ana, la tía de un amigo de la facultad, me contactó con una mujer, que vivía allí hace seis años y tiene un kiosco dentro del complejo. Ella me avisó que la kiosquera aceptó y le dijo que cuando vaya me acerque al guardia y le explique que tengo una reunión con la dueña del negocio para que me deje pasar. A pesar de mi temor a que se me niegue la entrada ya que ni sabía el nombre de la persona a la que iba a entrevistar, fui un sábado a la mañana. Al final fue menos complicado de lo que pensé, hice lo que me indicaron y le dije al guardia que iba a hablar con la chica del kiosco y me abrió la puerta sin tomarme mis datos personales.

Entre al kiosco, me presenté y comencé a charlar con Leticia quien empezó diciéndome:

Antes vivía en el centro, nada que ver la vida, si nada que ver. Pasa que yo tenía mi negocio en el centro también, pero no era vida para mis hijos. Allá en el centro pones un pie afuera y la gente te lleva por delante. Los fines de semana, sucio. En cambio, acá tenés vida, el aire es más limpio. Acá nunca nada, acá bueno es hermoso. Vos ves lo que es este lugar, cerrado, tenés una seguridad.

Esta vez la porosidad de los “límites físicos” me dio paso para el ingreso sin el control de mis datos personales, lo que también fue posible por los vínculos que se fueron tejiendo entre conocidos de conocidos. La utilización de estos vínculos, el hablar con el guardia y que este me identifique como “visitante” fueron pasos necesarios para el ingreso al complejo de torres. Según Cristina Patriota de Moura (2012) el ordenamiento de las personas en la entrada, se liga a un ritual de atribución de identidades de residente, visitante y empleado, es un intento de controlar el mundo que está dentro de los muros. Sin embargo, para marcar diferencias entre el mundo externo y el mundo interno, no basta con la existencia de muros, sino que es preciso que sean diferentes. La autora retoma las consideraciones de Bourdieu (1982) en torno a los ritos de institución, siendo unos de los principales efectos del rito instituir diferencias, para pensar los rituales de identificación en la entrada de los condominios[[3]](#footnote-3). Estos rituales tendrían el doble efecto de instituir diferencias internas y de diferenciar el mundo del condominio del mundo exterior, de este modo definiría al primero como ordenado y controlado y al segundo como caótico y peligroso.

Los rituales de identificación en la entrada de Soles del Oeste instituyen las diferencias a partir de la posesión de un llavero electrónico lo que atribuiría la identidad de residente, el conocimiento del código de un departamento daría lugar a la identificación como visitante o ser parte de las relaciones de algún residente, lo que implicaría hablar con el guardia para que libere el paso. En este ritual se diferenciaría el mundo interno del complejo de torres con el mundo externo. En relación a este mundo interno seguro, Leticia comentaba:

Estoy segura así, la seguridad es importante, mis hijos por ahí están en el departamento tranqui. Están más grandecitos. Igual en el centro ni loca los dejo un segundo. Y acá sí, es como tu casa, estás trabajando en tu casa. La seguridad, acá es impecable. La limpieza. El nivel de gente también tiene que ver, porque acá hay otro nivel de gente.

Estos dos mundos no solo se definirían y diferenciarían por la oposición seguro, inseguro, limpio, sucio, sino que también implicarían personas de niveles diferentes. Esta última característica permitiría las primeras, ya que este nivel de gente mantendría la seguridad y la limpieza del espacio. Según Queiroz (2015) el concepto de “sentimiento de seguridad” ensambla la pertenencia socioespacial, el acceso, la inversión, la identificación con el lugar, la confianza de estar custodiado por un gestor, el sentimiento de contención por estar cercado de personas que fueron seleccionadas en los ingresos, en un espacio para socializar y disfrutar con interacciones deseadas y protegidas. En este sentido, en Soles del Oeste el “sentimiento de seguridad” se debe no sólo por la presencia de muros y guardias en la entrada del complejo de torres, sino por el hecho de estar rodeado de determinado nivel de gente con quienes se comparten ciertos valores, de esta manera la sensación de estar rodeado de personas iguales a uno marcaría una diferencia fundamental con el mundo exterior. Leticia continuaba comentándome:

La conexión que tenés acá con la gente, en el centro no la tenés, o sea vos vivís y no sabes quién es tu vecino. Es una cosa de ir a trabajar, como en las grandes ciudades supongo, vas a trabajar, salís y te encerras, chau. Acá no, acá salís, por ejemplo, salís al parque a tomar algo, lo ves al vecino, sabes quién es, te lo cruzas tres veces al día, lo cruzas en el gimnasio, lo cruzas en el parque cuidando a su hija.

En este sentido el “afuera”, no sería un espacio de socialización deseado, las interacciones sociales con un vecino serían evitadas y como describe Leticia, el “efecto de las grandes ciudades” conduciría a las personas a un ritmo de vida que se definiría como del trabajo a casa, en donde el anonimato caracterizaría los vínculos vecinales.

**Para “afuera”**

Para los residentes de Soles del Oeste existirían diversos afueras, en donde la gente te llevaría por delante, la vereda y la calle serían espacios peligrosos para los niños por ser transitados por autos, colectivos y motocicletas e insoportablemente ruidosos. Ana, quien vive hace un año en el complejo de torres, expresa los motivos de su mudanza al mismo:

Yo viví muchos años en realidad en Nueva Córdoba en un departamento. Después me canse un poquito del ruido. Yo fui a Nueva Córdoba cuando no había tanto edificio y se fue renovando hasta incluso la misma gente que vivía en el edificio. Y éramos todos los propietarios, no tantos jóvenes, gente mayor. Y después vinieron estudiantes y un poco más de ruido y ahí decidí cambiar (…) Yo trabajo en el centro. El tema es que, estando todo el día en el centro, como que es agotador. Y hace 30 y pico de años que estoy en el centro. Y en un momento apenas cuando era más joven alquile un departamento bien al lado del negocio sobre la Chacabuco. Las motos como aceleraban, colectivos, todo pasaba, fue tremendo.

Los afueras de Ana, pueden ser identificados como dos barrios de la ciudad de Córdoba: Nueva Córdoba y el Centro. El primero se ubica en el sector centro-sur del ejido urbano próximo a la ciudad universitaria (UNC), la mayor parte de las manzanas que lo componen se encuentran edificadas con estructuras de más de diez pisos. Esta cercanía a las aulas de la UNC, podría ser una de las causas de que, en los últimos años, se haya producido un crecimiento poblacional e inmobiliario en el barrio; siendo la procedencia de la mayoría de los vecinos otras ciudades del interior de la provincia u otros puntos del país. Es por esto que Nueva Córdoba es conocida como un barrio de estudiantes, en donde también abundan bares, pubs, boliches, gimnasios y negocios de ropas. Ana resalta este ritmo juvenil y estudiantil que caracterizaría al barrio, en donde el ruido y el intenso tránsito de personas, autos, motos y colectivos acabarían con una tranquilidad provocando que varias personas que vivían allí se muden para otros lugares de la ciudad.

El segundo “afuera” identificado por Ana, es un barrio que coincide con el centro histórico de la ciudad, en donde se localiza la manzana jesuítica, varias iglesias de la época colonial, la catedral y el cabildo frente a la Plaza San Martin. Es una zona comercial activa, con locales de diversos rubros, se reconocen diferentes calles como la Ituzaingo, Rosario de Santa Fe, 9 de Julio y el área peatonal denominada San Martín. Al igual que Nueva Córdoba, Ana destaca lo “tremendo” que es el tránsito de autos, motos y colectivos en esa zona, delineándose un ritmo intenso que no compatibilizaría con la vida residencial.

Según Da Matta (1997) en cada sociedad existiría una gramática de espacios y temporalidades, la cual dependería de actividades que se ordenan en oposiciones diferenciadas, permitiendo recuerdos o memorias diferentes. El autor se refiere a espacios como esferas de significación social, que separarían contextos y configurarían actitudes, conteniendo visiones de mundo o éticas particulares. La casa y la calle, como esferas de sentido, no serían una oposición estática y absoluta, sino dinámica y relativa ya que son espacios que se reproducen mutuamente. Para el autor, la casa denotaría ese espacio de calma, reposo, recuperación y hospitalidad y la calle sería definida al inverso, repleta de fluidez, movimiento y peligro.

Los afueras de las entrevistadas, identificados como el Barrio Centro o Nueva Córdoba, son espacios en el que la vida que se desarrolla no es adecuada para sus hijos, porque son sucios y hay un nivel de gente que es mejor mantener lejos. Las temporalidades que se entretejen con los espacios, condensan ritmos urbanos, implicando una relación de un tiempo a un espacio (Lefebvre, 2004) En el Centro se percibe un ritmo que es “agotador”, ligado a un tránsito “tremendo” de motos, autos, colectivos, definiéndolo como un espacio que no es para la residencia. Como la calle de Da Matta, los afueras se describen remarcando un movimiento constante de las personas y medios de transporte y los ruidos generados por estos. Los vínculos vecinales se tiñen de anonimato y se evitan, dando lugar a una rutina del trabajo a casa y al encierro, retomando las palabras de Leticia.

La casa y la calle son espacios que se reproducen mutuamente, al igual que el “adentro” y el “afuera” de las residentes de Soles del Oeste. El complejo de torres, como la casa de Da Matta, se caracterizaría por ser un espacio de calma, reposo, recuperación y hospitalidad, en oposición al “afuera”. Trabajar dentro del complejo, es como trabajar en tu casa según Leticia, ahí conoces y saludas a tu vecino, sabes quién es, qué hace. El “adentro” es percibido como un espacio seguro, limpio, de hospitalidad, con personas de tu mismo nivel. A diferencia del “afuera”, no te encerras después de trabajar, sino que salís al parque o al gimnasio que se encuentran dentro del complejo.

**Reflexiones finales**

Para las residentes de Soles del Oeste, se entrelazaría una gramática de espacios y temporalidades, que marcaría una diferencia entre el “adentro” y el “afuera” del complejo de torres. Estos se constituirían como esferas de significación social, como oposiciones diferenciadas que se reproducen mutuamente. El “adentro” sería un espacio de calma, hospitalidad, limpio, seguro y en donde hay gente de otro nivel a diferencia del “afuera”. En este último, identificado como barrios céntricos de la ciudad de Córdoba, se percibe un ritmo urbano descripto como intenso, agotador y ruidoso que no sería apropiado para vivir. Es así que da una relación de un tiempo concebido como intenso y agobiante, a espacios céntricos de la ciudad.

En el “adentro” las residentes se sienten seguras; sentimiento que está ligado a vivir en un espacio cercado de personas que fueron seleccionadas en los ingresos, lo que posibilita socializar y disfrutar de interacciones deseadas y protegidas. Por su parte, en el “afuera” se desarrollarían otro tipo de vínculos, caracterizados por el anonimato y la indiferencia. En esta esfera de sentidos, el “encerrarse” después de trabajar sería una buena opción, distinto en el “adentro” que se puede salir al parque, al gimnasio, en donde existe la posibilidad de cruzarse al vecino que saludaste hace unas horas y que sabes quién es.

Para marcar las diferencias entre el adentro y el afuera en el complejo cerrado de torres, existen límites físicos, como muros, rejas, portones y guardias de seguridad que preguntan por tu identidad o motivos de la visita en el caso que no residas allí. De esta manera se da un ordenamiento de las personas en el ingreso al lugar, por medio de un ritual de atribución de identidades de residente, visitante y empleado, con la finalidad de controlar el “adentro”. Sin embargo, en Soles del Oeste, que como cualquier otra “urbanización cerrada y privada” se caracterizaría por un acceso restringido, selectivo y controlado, los “límites sociales” son los que entran en juego a la hora de decidir quién entra y quién no o bajo qué tipo de interrogatorio, generando una porosidad de estos límites físicos.

**Bibliografia**

Capdevielle, Julieta (2014). Los grupos “desarrollistas” y su incidencia en el espacio urbano de la ciudad de Córdoba, Argentina (1990-2013). *Terra nueva etapa,* Vol. XXX, N°47:131-152.

Da Matta, Roberto (1997). Casa, rua e outro mundo: o caso do Brasil. En *A casa & a rua. Espacio, cidadania, mulher e norte no Brasil (pp.29-63)*. Rio de janeiro: Rocco

Lefebvre, Henri (2004) [1992]. *Ritmo-análisis. Espacio, tiempo y vida cotidiana.* Londres: Continuum

Patriota de Moura, Cristina (2012). *Condomínios no Brasil Central: Expansão urbana e antropologia.* Brasilia: Editora UnB.

Queiroz Ferreira, Raquel (2015) *¡Ojo que no es un country! Una etnografía sobre las formas en que los vecinos experimentan vivir en un barrio privado de torres en Córdoba, Argentina*. (Tesis de Maestría en Antropología Social no publicada). Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba, Argentina

Simmel, George (1986) [1927]. El espacio y la sociedad En: *Sociología Estudios sobre las formas de socialización.* Madrid: Alianza

1. “Densidad residencial: entre lo existente y posibles escenarios en el caso de Córdoba. Validación metodológica en una evaluación prospectiva”, dirigido por Cecilia Marengo, del Instituto de la Vivienda y Habitat de la FAUD, UNC. Este instrumento tenía como objetivo conocer la calidad residencial de determinados conjuntos de vivienda a partir de la opinión de sus habitantes [↑](#footnote-ref-1)
2. Como recaudo ético para la presentación de este trabajo se sustituyó el nombre real del complejo y de mis interlocutoras por uno ficticio, para preservar su identidad. [↑](#footnote-ref-2)
3. Nombre con el que es conocido los barrios cerrados con seguridad en Brasil. [↑](#footnote-ref-3)